

Un domingo cualquiera

Blanca Estela Macías Gallegos

—¡Tú cállate! Eres la menos indicada para hablar.

—Y por qué me voy a callar, si no estoy de acuerdo.

—¡Ya no discutan! De haber sabido que se iba a armar este lío, no los mando llamar para conocer su opinión. Ni que me fuera a morir mañana ¡Por Dios!

—¡No, mamá! Ya que estamos aclarando cosas es mejor que se sepan muchas de ellas. Creo que ya es tiempo. Todos somos adultos y tenemos el criterio lo suficientemente maduro como para asimilar y aceptar lo que aquí se diga. Ya son demasiados años cargando con un secreto que ninguno se quiere llevar a la tumba.

Esta discusión tenía lugar en la sala de la casa de mis padres, un domingo cualquiera del año 2000. Los papás nos habían mandado llamar a todos los hijos porque querían hablar con nosotros. Las nueras y los yernos que fueron estaban en otra habitación; los nietos diseminados por toda la casa: los más pequeños jugando en el amplio jardín y los más grandes charlando o viendo tele.

Mis papás tuvieron ocho hijos: seis mujeres y dos hombres. Era costumbre reunirnos cada domingo en la casa paterna para convivir en familia. Pero ese día era especial, pues mi madre nos había mandado decir que nadie debía faltar por ningún motivo, ya que querían tratar un asunto muy importante. Se trataba de la herencia. Querían repartir ya sus bienes entre todos los hijos, no porque estuvieran enfermos ni mucho menos, sino porque no querían dejar problemas el día de mañana. La discusión se dio por el clásico “¿Por qué a ti y a mí no?”.

Pero (siempre existe un pero) la mayor parte de los bienes se los querían dejar a los hijos varones, casados los dos y con buenos trabajos; es decir los que no tenían por qué preocuparse en el aspecto económico. En cambio, de las tres mujeres solteras dos teníamos casa propia y la tercera no. De ahí mi inconformidad en que la casa se la quedara uno de mis hermanos que además de tener ya casa propia, contaba con una granja y un rancho. ¿Cuál necesidad de tener otra casa? Además vivía en otra ciudad. No era justo pues. Mi opinión era en el sentido de que se quedara con la casa la hermana que no tenía nada. Además ella la cuidaría mejor que nadie, pues las nueras no pondrían el mismo interés, puesto que no se criaron ahí. La discusión continuó.

Como yo era la inconforme, la bronca la traían conmigo; querían callarme. Pero nunca me he caracterizado por quedarme callada ante algo que yo considero injusto. Desde niña siempre fui así y a estas alturas de mi vida ni modo de cambiar.

—Yo les pido a todos que no hablen de más; que se callen. No es momento de lastimar a nadie. Queremos tratarlos a todos por igual —dijo mamá.

—¡No! Yo no estoy de acuerdo —dijo uno de mis hermanos—. No pueden repartir los bienes por partes iguales, puesto que ésta (o sea yo) no tiene por qué participar en el reparto. Ya bastante le hemos dado durante tantos años y ella siempre está en Babilonia; además siempre fue la consentida de ustedes y no nos parece justo que se le haya dado un trato distinto a nosotros sólo porque no es nuestra hermana.

—¡Cállate! ¡Por Dios! —dijo mamá, a punto de llorar.

—¿Qué dijiste? —pregunté, entre asombrada y burlona.

—Lo que oíste. Aunque te rías es verdad. Nosotros los mayores todavía nos acordamos de cómo mi mamá te trajo un día diciendo que te había tenido. Nunca la vimos embarazada y de pronto apareciste tú, tan frágil, tan pequeña... y te convertiste en el centro de atención de los dos: de papá y mamá. ¿Crees que no me acuerdo que a ti era a la única que sentaba mi papá en sus piernas a tomar café con él? ¿Y que mi mamá siempre que salía

te llevaba con ella? ¡Eso no se olvida, *hermana!* Nos robaste el cariño de los papás y eso duele más cuando se está en la adolescencia y tienes que callar algo así por obediencia.

—Nunca debiste haber abierto esa bocota que tienes! —dijo mi papá furioso— ¡Mira cómo se puso tu mamá! Aquí se termina la reunión. Nunca pensé que la avaricia te cegara hasta el extremo de destruir lo que tantos años nos costó a tu mamá y a mí. Lo que construimos con tanto esfuerzo y amor para todos ustedes... ¡Y mira con lo que sales! ¡Qué decepción hijo! No pensé que tuvieras esos sentimientos tan egoístas. Dime: ¿Qué te faltó? Si siempre les dimos lo mejor a todos por igual.

—¡Rápido! ¡Mi mamá está muy mal! ¡Llamen al médico! —dijo una de mis hermanas asustada.

A mi mamá siempre se le evitaban las noticias fuertes, pues estaba delicada del corazón y cualquier acontecimiento (más uno como este) la ponía mal.

Cuando llegamos al hospital el médico ya la estaba esperando y rápidamente la metieron a urgencias para hacerle una revisión general. Presentaba un cuadro de infarto que por fortuna se controló. ¡Pero el daño ya estaba hecho! Y no había manera de dar marcha atrás.

Pasaron los días y nadie hablaba de lo que había sucedido, pero el sentimiento estaba ahí, como gato agazapado, esperando el momento propicio para salir de su escondite. Mi cabeza era un ir y venir de ideas encontradas; mis hermanas mayores no querían hablar del asunto; a mi mamá no le podía preguntar nada, pues estaba delicada; y mi papá como todo buen macho se marchó al rancho para no enfrentar la situación, argumentando que tenía mucho trabajo y que debía estar al pendiente de él.

Pasó casi un mes antes de que pudiera hablar con mi mamá a solas. La incertidumbre me estaba matando y sentía que ya no podía más, pues cierto o falso lo dicho aquella tarde de un domingo cualquiera de octubre, le había dado un giro de 180° a mi vida; y en las noches, las muchas que pasé en vela dándole vueltas al asunto, fui atando cabos y analizando situaciones que

antes me parecían normales, pero ahora ya no, por ejemplo: el que mis hermanas mayores nunca me incorporaran en sus juegos, argumentando que estaba muy chica para ello y que les estorbaba.

Mi hermano (el que me dijo todo) sólo jugaba conmigo cuando a sus amigos no los dejaban salir a jugar y se tenía que conformar con mi compañía. En fin: me fui acostumbrando a una vida solitaria dentro de una familia numerosa; y ciertamente mi mamá siempre que salía me llevaba con ella, yo creía que lo hacía porque era su preferida, pero no. Era miedo, miedo de que algún día una de mis hermanas me dijera la verdad. Por eso quería tenerme siempre cerca de ella, para evitarlo.

Descuidé mi trabajo, mis hijos, mi casa. No comía, no dormía. ¿Por qué a esas alturas de mi vida, cuando creí tener todo en orden, se presentaba esta situación y todo se iba al carajo? Aquella familia de la que estaba orgullosa, de pronto ya no existía, era prestada. Y lo más doloroso: mi mamá, ese ser que yo tanto amaba, no me había parido. Mi mundo se desmoronaba y yo no podía hacer absolutamente nada para evitarlo.



De pronto me veía sin identidad, sin saber de dónde venía o adónde iba; dentro de mí se acumulaba un rencor profundo hacia mi madre biológica, pues no comprendía por qué había renunciado a mí. Mi cabeza estaba llena de preguntas cuyas respuestas me urgía saber. Quería conocer mi origen para ver qué rumbo iba a tomar mi vida.

—¡Hola Má! ¿Como está? —le pregunté una tarde en que ella estaba sola.

—Bien hija ¿y tú? —contestó tan amorosa como siempre—
vente a acostar conmigo.

—Claro, pues tenemos mucho de qué hablar y no creo que seguir posponiéndolo nos ayude ¿verdad? —contesté acurrucándome a su lado como siempre lo hacía cuando ella se acostaba a dormir su siesta y me hacía piojito mientras platicábamos de mil cosas.

—Antes de que empieces a preguntar, pues sé que tienes muchas interrogantes en esa cabecita, déjame decirte que eres la



más amada de mis hijas, que nunca te vi distinta a los demás. Para mí todos mis hijos son eso: MIS HIJOS. Sólo espero que me sigas queriendo como hasta ahora, pues de todas tú eres la que siempre se preocupa más por mí y estás al pendiente de todo.

Y así, con esa ternura que siempre la caracterizó, me fue enterando de mi verdadero origen y de por qué me llevó a vivir con ella. Ahora comprendo que fue un acto de amor muy grande hacia mí; y el amor de mi papá también fue grande, pues me quiso igual (y a veces siento que más) que a sus propios hijos.

Ya han pasado siete años desde aquella tarde de un domingo cualquiera, y aunque ella ya no está físicamente aquí conmigo, pues desde ese día su salud se fue menguando, yo la siento junto a mí, apoyándome y papachándome como siempre. Para mí nunca dejará de ser MI MAMÁ.